

# El PRI después del 2 de julio del 2000: balance y perspectivas

Luis Reyes G.\*

*Si la tragedia electoral del PRI tuvo su punto culminante en la elección del 2 de julio, este acontecimiento no es más que la conclusión de un largo proceso de crisis y desgaste que, junto con el agotamiento del régimen político en su conjunto, acercaba al partido, año con año, a la pérdida de más y más espacios de poder, entre los que —tarde o temprano— se encontraría la Presidencia de la República.*

**Y**, finalmente, perdió el PRI. El 2 de julio del 2000 se acabó el mito de que el partido gobernante difícilmente sería derrotado en las elecciones presidenciales. Concluyó la etapa de uno de los regímenes de partido hegemónico más longevos de todo el mundo.

A poco más de dos meses de que el proceso electoral del 2 de julio arrojara como resultado la derrota del candidato presidencial del PRI y el triunfo de la derecha encarnado en la candidatura de Vicente Fox, hay signos evidentes de que los priístas no acaban de asimilar la derrota. Prevalece, todavía, un gran desconcierto entre los distintos líderes y en los diferentes espacios de la estructura priísta. Después de todo, es difícil hacerse a la idea —para una gran cantidad de prospectos a ocupar cargos en la administración pública federal— de que ya no tendrán asegurado su futuro laboral y económico en los próximos 6 años del sexenio de gobierno que inician a partir del 1° de diciembre del 2000. También para los liderazgos de mediano y bajo rango quedaron automáticamente canceladas las posibilidades

de progreso político. Esto, entre otros tantos retos y dificultades que los priístas tendrán que enfrentar en los próximos años.

El presente trabajo tiene como objetivo plantear algunas reflexiones en torno a los factores explicativos de la derrota electoral del PRI en la elección presidencial del 2 de julio y sugerir algunas hipótesis respecto de las alternativas que el PRI podría asumir a fin de iniciar su reconstrucción. Básicamente, pensamos que la tragedia electoral del PRI, si bien tuvo su punto culminante en la elección del 2 de julio, en realidad este acontecimiento no es más que la conclusión de un largo proceso de crisis y desgaste que, junto con el agotamiento del régimen político en su conjunto, acercaba al PRI, año con año, a la pérdida de más y más espacios de poder, entre los que —tarde o temprano— se encontraría la Presidencia de la República. De esta manera, consideramos que el fracaso priísta del 2 de julio se explicaría, fundamentalmente, por los siguientes factores: a) el fortalecimiento de la pluralidad política y el agotamiento del régimen de partido hegemónico; b) el ascenso de los gobiernos tecnocráticos y su contradictoria relación y negación con los ideales históricos del PRI.

\* Maestro en Estudios Sociales, UAM-I.

## El fortalecimiento de la pluralidad política y el agotamiento del régimen de partido hegemónico

No obstante lo retardado y accidentado que resultó por momentos el desmantelamiento del régimen de partido hegemónico, la mayoría de los analistas y estudiosos de la transición mexicana a la democracia coinciden en que un factor que contribuye a su liquidación es, sin duda alguna, el surgimiento y fortalecimiento de la pluralidad social y política. Controlada y manipulada, durante muchas décadas la participación y la representación social y política de la sociedad mexicana no conoció otras opciones más que las ofrecidas por la estructura corporativa diseñada por el Estado y liderada por el PRI con la finalidad de garantizarle al gobierno una base de apoyo y una fuente de legitimidad. Aunque fuera por la fuerza de la coacción, franca o simulada, los diferentes grupos y fuerzas sociales se mantenían atados al PRI. Después de todo, el éxito de los gobiernos priístas —al menos hasta finales de los años sesenta— en materia económica y social era un factor que jugaba favorablemente en pro de las instancias priístas de movilización social y política. Ello cancelaba, casi por completo, la posibilidad de que las distintas fuerzas sociales exploraran otras alternativas de participación y representación social y política.

El esquema antes señalado, sin embargo, entra en un proceso de desgaste hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta. Por principio de cuentas, el agotamiento del modelo económico basado en la sustitución de importaciones entró en una fase de estancamiento. La economía dejó de crecer y pronto esto repercutió en la reducción del gasto social y en la aparición de los síntomas propios de una economía en crisis: desempleo, inflación,

devaluación, etc. Por si fuera poco, la caída de los precios del petróleo —principal fuente de ingresos para el país— hacia principios de la década de los setenta, contribuyó a acrecentar la crisis económica ya en curso.

Los procesos antes señalados se suscitaban en un ambiente en el que estaba dándose un rápido ascenso de los sectores medios de la población al interior de los cuales surgía una generación crítica y participativa que demandaba no sólo que el gobierno diera solución a los problemas de orden económico, sino que abriera las vías para que, en el plano político, se dieran las condiciones que posibilitaran a los diferentes grupos sociales explorar nuevas opciones de organización, participación y representación social y política diferentes a las de la estructura corporativista priísta. Este ímpetu social, aunque contenido y reprimido en sus primeras etapas,<sup>1</sup> con el paso de los años fue ganando terreno hasta consolidar distintas alternativas organizativas —ya a través del Movimiento Urbano Popular, del Sindicalismo Independiente, de los Partidos de oposición y, más recientemente, de las ONG cuya premisa fundamental fue y ha sido la de constituirse en órganos independientes de las estructuras corporativas controladas por el PRI y el aparato estatal. Estas tendencias sociales generales contribuyeron a acelerar la pérdida de legitimidad de los gobiernos priístas y a que el PRI se fuera encontrando con límites a su eficacia movilizadora y manipuladora, al mismo tiempo que se acrecentaban sus fisuras internas y los obstáculos para su modernización.<sup>2</sup>



FOTO: ESFERA

<sup>1</sup> Como ejemplo de ello podemos citar los movimientos ferrocarrileros y de maestros en la década de los cincuenta y el movimiento del 68.

<sup>2</sup> Peschard, Jacqueline, "El PRI: un partido a la defensiva" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 46, num. 2, México, 1984, pp. 59-74.

La década de los ochenta trajo para el PRI la profundización de los factores antes señalados. Más aún: comenzaron a presentarse los primeros efectos del impacto que le producirían al partido oficial con relación a la posibilidad de seguirse manteniendo como un partido hegemónico de permanente éxito electoral. A mediados de los años ochenta, se presentaron las primeras derrotas electorales importantes para el PRI a partir del ascenso del PAN en la región norte del país. Al mismo tiempo, los sectores de la izquierda entraban en una etapa de reagrupamiento para surgir nuevamente como alternativas políticas. Así pues, el ascenso del pan y el resurgimiento de la izquierda a través del PSUM-PMS y más tarde del Frente Democrático y el PRD, plantearon, en pocos años, el rediseño del sistema electoral y de partidos en su conjunto. Dicho proceso se presentaba, de alguna manera, como el fruto del accionar que, desde varios años atrás, distintos sectores de la sociedad venían impulsando en pos de la pluralización de la vida social y política en su conjunto.

En términos electorales, estas tendencias encontraron su momento más importante cuando, en la elección presidencial de 1988, el régimen mexicano y su partido recibieron la votación más baja de su historia. Desde entonces la pluralidad política es un hecho consumado: se afianzaron los partidos de oposición y en general las organizaciones no corporativas; sin duda pasos importantes para avanzar en el desmantelamiento del régimen de partido hegemónico.

A partir de estas realidades, los procesos electorales —tanto locales como federales— comenzaron a arrojar resultados cada vez más adversos para el partido oficial. De esta manera, con una maquinaria electoral en plena decadencia, al PRI no le quedaban más recursos que el fraude, la manipulación y el engaño para tratar de mantenerse en el poder. Esta reacción autoritaria, aunque fue funcional en algunos momentos, más bien contribuyó a desacreditar todavía más al PRI y a los gobiernos que de ahí surgían. Por si fuera poco, la discusión y aprobación —fruto del nuevo sistema de partidos en proceso de construcción—, se constituían en factores que reducían todavía más las posibilidades de que el PRI se mantuviera como la única y principal fuerza electoral, toda vez que ponían freno a la práctica del fraude.

Así, la pluralización social y política de la sociedad mexicana es, quizá, uno de los principales factores que explica, no sólo las sucesivas derrotas electorales del PRI, sino el desmantelamiento del régimen de partido hegemónico y su derrota en la elección presidencial del 2 de julio del 2000.

### **El ascenso de la élite tecnocrática y la negación de los ideales históricos del PRI**

Más allá de que la decadencia electoral del PRI pueda explicarse a partir del aumento de la pluralidad social y política y del consecuente agotamiento del régimen de partido hegemónico, existen otros factores que también juegan un papel fundamental en la debacle priísta: nos referimos al ascenso de la élite tecnocrática a principios de los ochenta y a las contradicciones ideológico-programáticas que representaron la negación de los ideales históricos del PRI. Todo ello como resultado de la puesta en práctica de un nuevo paradigma en la acción de gobierno de la administración pública que obligó al pri a mantenerse fiel a los dictados de los gobiernos en turno en detrimento de sus viejos compromisos sociales y de clase.

Hacia principios de los años ochenta, el agotamiento definitivo del modelo económico sustitutivo de importaciones condujo al gobierno en turno a buscar alternativas de reajuste económico que atemperaran el impacto de una aguda crisis significada por la inflación, la devaluación, el desempleo y el endeudamiento externo. La alternativa seleccionada modificó de *facto* las viejas dinámicas de regulación económica centradas en la preeminencia del Estado y en las políticas populistas de proteccionismo social. Ahora el Estado entregaría la rectoría económica a la iniciativa privada y el mercado sería el principal árbitro de los procesos económicos. Estas grandes tendencias se acompañarían, en lo inmediato, de un conjunto de acciones dirigidas a la privatización de las empresas que eran administradas por el Estado. En el ámbito de la administración pública, éste entró en una etapa de achicamiento y en un proceso de racionalización del gasto público con la finalidad de moderar los efectos de la crisis.



FOTO: RAÚL RAMÍREZ MARTÍNEZ

El diseño y aplicación de estas políticas<sup>3</sup> requirió desde el principios de la participación y liderazgo de toda una generación de expertos en economía. La mayoría de ellos se formaron

<sup>3</sup> Las políticas de reajuste económico, impulsadas en México desde el gobierno de Miguel de la Madrid, responden a una serie de supuestos que consideran que el Estado de bienestar se ha agotado. A partir de ello, se adoptan una serie de medidas tendientes a desaparecer la rectoría económica del mismo y a restituirle al mercado el arbitraje de las dinámicas económicas. Estos procesos se expresan, en lo inmediato, en una serie de acciones privatizadoras que dejan en manos de los capitales privados la prestación de los bienes y servicios que antaño administraba y brindaba el Estado. Por lo demás, estas tendencias de reestructuración son el resultado de una serie de reajustes que la economía sufre a nivel mundial. Son conducidos por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional como las dos principales instancias de regulación económica. En América Latina, estas políticas se han definido como la transición de modelos económicos estatistas-populistas a modelos de corte neoliberal con primacía del mercado y la iniciativa privada. En México, la clase política responsable de conducir estos procesos ha sido definida como élite tecnocrática.

en universidades norteamericanas y, a su retorno, fueron requeridos para que aplicaran sus conocimientos a la reconstrucción de la economía nacional. Rápidamente se incorporaron a la administración pública y en poco tiempo conformaron una red de tecnócratas,<sup>4</sup> una clase política que, por sus capacidades técnicas, cotizó ampliamente sus servicios en los altos círculos gubernamentales. De esta forma se constituyó lo que en los últimos años se ha denominado la élite tecnocrática. Son diseñadores e implementadores de políticas públicas que saben mucho de números, racionalización del gasto público e implementación de medidas de austeridad y control de variables macroeconómicas, pero carecen de la sensibilidad social y política necesaria en el arte de gobernar.

Justamente ese estilo frío y calculador que ha caracterizado a los gobiernos tecnocráticos —más preocupados por las variables macroeconómicas que por el bienestar social— ha sido un factor que afectó gravemente al PRI. En la era de los gobiernos tecnocráticos, el partido oficial quedó definido como la maquinaria electoral al servicio del gobierno en turno: atrás quedaron los compromisos sociales y las grandes reivindicaciones de clase que, en algún sentido, le dieron origen a fines de los años veinte. Así, el partido que decía representar a las grandes masas sociales comenzó a ser testigo de cómo en pocos años sus bases sociales empezaban a esfumarse. Las fieles clientelas electorales, que durante años votaron por el PRI, comenzaron a enfrentar desencanto tras desencanto. Por ejemplo, en el seno del sector obrero, aun cuando siguieron rindiendo buenos frutos las medidas de coacción para asegurar votos al partido gobernante, desde mediados de la década de los ochenta, ya se percibían fuertes tensiones que poco a poco fueron haciendo más endeble los vínculos del partido con el movimiento obrero. Aunque sus principales líderes, encabe-

<sup>4</sup> Para una discusión y definición amplia del concepto de tecnócrata, véase Roderic Camp, "El tecnócrata en México" en *Revista Mexicana de Sociología*, num. 2, 1983, pp. 579-599.

zados por Fidel Velázquez, se esforzaban por conservar la relación de conveniencia con el partido y el gobierno, conforme pasaba el tiempo cada vez le aseguraban menos votos al PRI. Procesos similares ocurrían con los sectores campesino y popular.

A partir de lo anterior, podemos decir que el impacto de las políticas de reajuste económico gestionadas por los gobiernos tecnocráticos tuvieron un efecto casi inmediato en el ánimo del elector que siempre votaba por el PRI. Aun cuando reiteradamente se emitían una gran cantidad de discursos desde distintos espacios del poder ejecutivo y legislativo con la finalidad de justificar la pertinencia y necesaria aplicación de los programas de reajuste económico, estas medidas eran percibidas como un conjunto de acciones antipopulares que no permitirían la recuperación económica de los sectores sociales más golpeados por la crisis. Por si fuera poco, el partido que decía defender los intereses de las clases populares se dedicaba a aprobar, una tras otra, las propuestas y reformas legales que los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, enviaban al poder legislativo para dar continuidad a la consolidación del nuevo modelo económico. Con estas acciones se afianzaba la alianza PRI-tecnocracia-Gobierno. Ampliamente ventajosa para los intereses —no necesariamente nacionalista— de la élite tecnocrática y sumamente costosa, en el mediano y largo plazo, para la permanencia y continuidad del PRI en tanto instrumento de participación y representación social y política de la sociedad mexicana.

En términos de la vigencia de los principios ideológico-programáticos que el PRI decía representar —nacionalismo y justicia social—, podemos decir que, a partir de la gran influencia y poder que los tecnócratas han ejercido no sólo en la estructura del gobierno sino también en el PRI, éstos han asumido una existencia contradictoria y, en muchos casos, contraria a los viejos ideales de la Revolución. Como hemos dicho anteriormente, el carácter pragmático, eficientista, técnico, frío y calculador de la gestión de los gobiernos tecnocráticos, puso en jaque y casi aniquiló el cuerpo doctrinario que dio vida al PRI durante varias décadas. En los últimos años, más que nunca, el PRI

fue el instrumento político de la tecnocracia para llevar adelante los proyectos de reforma económica acordes con los procesos de reestructuración económica a nivel mundial. Mientras cumplía este papel, dejó de ser, al mismo tiempo, correa de transmisión de los intereses de la sociedad y vínculo o enlace entre sociedad y gobierno.

Por último, otros factores que también contribuyeron a mermar el arrastre electoral del PRI, son la corrupción<sup>5</sup> y el narcotráfico. Respecto a la primera, podemos decir que los muchos años en el poder fueron creando y reproduciendo una conciencia equivocada de lo que significa la administración y conducción de los asuntos públicos. Esa conciencia equivocada reforzó un ideal autoritario, despectivo, excluyente y manipulador en quienes se pensaban —la clase política priísta— como los únicos aptos y llamados a cumplir las funciones de gobierno. Desde esta concepción, se fueron gestando y multiplicando una serie de vicios significados por el influyentismo, el clientelismo, el patrimonialismo, el compadrazgo, el tráfico de influencias que, llevados hasta sus últimas consecuencias, afectaron a muchas generaciones y produjeron toda una cultura que supone la trampa, la mentira y la manipulación como los principales medios para conseguir beneficios de todo tipo. La corrupción arraigó tanto, que alcanzó límites insospechados y dio lugar a verdaderos escándalos públicos —la mayoría de ellos de políticos priístas— para quienes el uso de los recursos públicos en beneficio personal se fue constituyendo en una norma.<sup>6</sup>

Junto al añejo problema de la corrupción en los últimos años hizo su aparición el narcotráfico: una mina de oro para hacerse de grandes recursos económicos de la noche a la mañana y que ha causado grandes tentaciones a una buena cantidad de políticos. Un tema delicado que hoy día genera grandes preguntas e incertidumbres respecto de qué tanto han

<sup>5</sup> Para una discusión amplia sobre el tema de la corrupción, véase Stephen D. Morris, *Corrupción y política en el México Contemporáneo*, Siglo XXI, México, 1992.

<sup>6</sup> Ejemplos como los de Mario Villanueva (Exgobernador de Quintana Roo), Oscar Espinosa (Exregente de la ciudad de México), entre muchos otros, son algunos ejemplos de los niveles que la corrupción política ha alcanzado en México.



penetrado los intereses del narcotráfico, no sólo para involucrar a servidores públicos en negocios lícitos, sino también con relación al grado en que éste puede estar influyendo en la toma de ciertas decisiones públicas. Otra vez, las sospechas sobre posibles ligas de políticos priístas con el narcotráfico pesan sobre varios dirigentes.

Corrupción y narcotráfico, entonces, son temas y problemas públicos que han involucrado a muchos priístas y han contribuido a fortalecer la mala imagen del PRI ante los electores. También son, en algún sentido, factores que influyeron en las sucesivas derrotas electorales del otrora partido hegemónico.

¿Cómo puede el PRI superar los problemas antes señalados?, ¿cómo reconstruir su identidad para poder presentarse ante la ciudadanía como una verdadera alternativa política?, ¿cómo superar los lastres de la corrupción y el narcotráfico?, ¿cómo reconstruirse organizativamente? En las siguientes líneas, plantearemos algunas ideas, a manera de hipótesis, sobre los retos y posibles alternativas que el PRI tendrá que plantearse en los años siguientes.

### **El PRI después del 2 de julio: algunas perspectivas a manera de hipótesis**

Es evidente que la derrota en la elección presidencial del 2 de julio cayó como balde de agua fría al priísmo, sobre todo en aquel de corte tradicionalista que reclama ser el fiel representante de los ideales traicionados por los tecnócratas. Nos referimos a aquellos que se reclaman auténticos políticos (como Bartlet, Madrazo, etc.) que dicen ser representantes del priísmo puro pero que no acaban de convencer ni de sus virtudes democráticas ni de su total deslinde de la clase tecnocrática. Son protagonistas centrales de las discusiones que se han venido dando en PRI después de la derrota y que, junto a otros líderes, grupos y corrientes, intentan esclarecer hacia dónde debe caminar el partido. Estas discusiones por momentos se acercan a fronteras peligrosas que anticipan para el priísmo la ruptura y al desmembramiento total; otras veces, en cambio, parecen abrir diálogos serios y fructíferos que abrigan esperanzas sobre la posibilidad de re-

conciliar y reconstruir al priísmo. *¿Qué hacer ahora?* se preguntan muchos priístas.

En primer lugar, consideramos que una de las primeras cosas que el priísmo tendrá que asumir es la de aprender a sobrevivir por sí solo. Ya no tendrá el apoyo de su tutor de toda la vida (el Gobierno), ni dispondrá de los grandes recursos económicos de los que disfrutó por varias décadas: tendrá que resolver su orfandad e inventarse alternativas de financiamiento. Seguramente deberá achicar su estructura organizativa y racionalizar el uso de sus recursos; en segundo lugar, discutir a fondo su identidad, recuperar algunos de los ideales que se le perdieron en el camino y diseñar una propuesta política con la que se presente ante el electorado como una alternativa de gobierno seria y propositiva. Como ya no podrá montarse en los programas sexenales de gobierno, será necesario que practique la creatividad en la construcción de propuestas plurales e incluyentes. Ello le permitirá ser agente transmisor de las demandas de la ciudadanía hacia el gobierno y eficientar su función de representación y movilización más allá de las vergonzosas herencias del acarreo, la manipulación y la invención de demandas particulares que pretenden presentarse como públicas.

En tercer lugar, el PRI necesita aprender a convivir con su pluralidad sin exclusivismo ni exclusiones. Ahora más que nunca necesita aprovechar toda la riqueza contenida en él a través de las distintas ideas y propuestas que surgen de la diversidad de sus grupos y corrientes de opinión. Para construir este diálogo interno es indispensable que aprenda a practicar la democracia interna mediante el diálogo, la tolerancia y el debate civilizado.

En cuarto lugar, es indispensable reconstruir la estructura y el funcionamiento organizativo a partir del diseño de reglas claras y públicas que todos estén dispuestos a respetar. También es necesario plantear una estrategia de dirección y coordinación no centralizada que permita la participación de las bases en la toma de decisiones. Esto le permitirá acercarse nuevamente a la sociedad y ser, esta vez en serio, un partido con militantes de carne y hueso. Finalmente, deberá demostrar que está dispuesto a constituirse en un verdadero partido político.